

Miami es miamenses y es más y es una feria

Alejandro Armengol

ALGUNAS CIUDADES TIENEN UNA CUALIDAD TEMPORAL QUE DIFICULTA SU definición. Para el viajero es imposible distinguir lo nuevo de lo viejo. ¿Dónde terminan las ruinas y comienza la línea que separa el futuro del pasado? Así es Miami. La inquietud aumenta porque el sol perenne traza una firme distinción entre la noche y el día, pero la luz no impide perderse entre avenidas que llevan de un moderno centro comercial, a una gigantesca sala de espectáculos de todo tipo, y luego a edificios deteriorados en cuyos portales duermen decenas de indigentes cada noche y, sin darse uno cuenta, la magia termina y la realidad se impone. Pocos metros separan la opulencia de la miseria. Apenas dos pasos y se pasa de la seguridad al peligro. Unas pocas horas y las calles bulliciosas quedan abandonadas. La ambigüedad traza la ruta que lleva del trabajo y el centro comercial y el restaurante a las zonas residenciales. Se viaja de un refugio a otro. Bajo el amparo del automóvil —las ventanillas cerradas, al amparo del aire acondicionado y con el recurso del teléfono celular, siempre a mano para pedir ayuda si resulta necesaria— se recorren kilómetros y kilómetros, confiados en la pericia, el hábito y la mecánica. No hay la posibilidad de volver al pasado y confiar en el futuro y a diario se repite la ilusión del pasado y el espejismo del futuro. Se vive en medio de una feria, que a diario eleva nuevas atracciones con la esperanza de sustituir las construidas ayer y lograr la llegada de otros visitantes. Más miamenses que son cubanos y más. Menos cubanos que no son más que miamenses. Un éxodo que se nutre de diferentes partidas y aspira a regresos contradictorios y no le interesa una marcha atrás, aunque sigue alimentando la esperanza de devolver la visita.

Cuando en 1959 comenzó la diáspora cubana, a consecuencia de la llegada al poder de Fidel Castro, los primeros refugiados no tenían el menor interés de integrarse a una ciudad que hasta ese momento era un simple destino turístico. La temporalidad del sitio no les preocupó. Llegaron con bastantes problemas a cuesta como para echarse uno nuevo encima. Creían que su permanencia en Estados Unidos sería por corto tiempo y al principio no se preocuparon por aprender el idioma, las leyes del país al que habían arribado y cómo hacer fortuna. Pronto los acontecimientos les hicieron cambiar de punto de vista. Nada evitó, sin embargo, el surgimiento de una

leyenda. Miami pasó a convertirse de lugar de veraneo ocasional en una ciudad moderna, al tiempo que se transformaba en la «capital del exilio cubano». Esta ambivalencia ha definido su vida. No deja de ser aparente. Al pasar los años, el exilio fue perdiendo su verdadero carácter beligerante, para convertirse en una comunidad múltiple y compleja donde vocingleros y terroristas no se resignan al silencio. Pueden gritar, pero carecen del poder para convertir en acción las palabras exaltadas. En el fondo, poco les preocupa. Se conforman con alzar la voz e imaginar que los escuchan. Quienes realmente cuentan en el escenario político lo hacen a través de su poder para influir, no de un poder para actuar. Al igual que los negros y los judíos, los cubanos son una minoría influyente en la política exterior de este país, pero mediante los mecanismos de la política nacional: cabildeo, poder electoral y presencia congressional. El paso de exilio a minoría y etnia no ha sido fácil. Aún hoy hay una resistencia verbal a aceptarlo —las voces se escuchan puntuales en la radio cubana—, pero no hay quien se libre de la adaptación inevitable.

Recorrer La Pequeña Habana permitía hasta hace unos años asistir a los comienzos del enclave cubano, donde algunos nombres pretendieron perpetuar una ciudad perdida. Ahora ese mundo extinguido pervive en la memoria. A la ilusión de la Cuba de ayer se ha unido el recuerdo del Miami de entonces. El triunfo de los cubanos —su expansión a toda la ciudad— es también una pérdida de identidad. Sobre los cimientos anglos —establecidos por Henry Flagler, Carl Fisher y Julia Tuttle— los cubanos le otorgaron la inicial característica latina a la ciudad. Una faz que luego fue perdiendo, al transformarse en un centro de atracción para latinoamericanos y ciudadanos de todo el mundo. Una feria donde la nostalgia siempre resulta un artículo rentable, y donde ahora es posible consumir todas las nostalgias posibles: la de la Cuba que fue y la de la que sobrevive; el Big Five, la reunión anual de los antiguos empleados de El Encanto y el encuentro ocasional entre exbecados; el mapa con la antigua división de seis provincias y los vídeos de las películas y los dibujos animados hechos por el ICAIC; el pan con bistec, la pizza cubana y la lata de carne rusa.

Nostalgia apresada en guayaberas y monogramas, pero casi sin huellas en la arquitectura. La Ermita de la Caridad, la Torre de la Libertad —reconstruida y en venta por la familia Mas Santos— y la Antorcha de la Libertad; algunos monumentos modestos en varios parques. La historia del exilio se resume en nombres de calles y tumbas y está almacenada en los estantes de la Universidad de Miami. Más allá del cubano que aparece por todas partes —en cargos públicos, desfiles y actos patrióticos y culturales—, el resto es un ruido de platos servidos por camareros centroamericanos. En Miami, la comida es nuestra definición más apacible. La universalmente aceptada, hasta por quienes nos odian. Una cocina de poca inventiva y marcada por la abundancia. Hecha con ingredientes norteamericanos, caribeños y latinoamericanos. Nuestra mejor metáfora: cerdos y pollos provistos por granjeros sureños, viandas de Centroamérica, frijoles distribuidos por una firma

puertorriqueña, chorizo español que la mayoría de los casos no viene de España, arroz de cualquier parte, etiquetas en dos idiomas.

La disyuntiva asimilación *versus* identidad es el tema de una de las mejores películas de ficción del cine cubano del exilio —una filmografía, por otra parte, poco numerosa—. Se trata de *El super* (1979), donde el cubano enajenado —al borde de la locura y el suicidio— se juega su última carta a Miami, la ciudad en que aspira a conservar su identidad. ¿Es esta jugada un salto al vacío en el Miami de hoy? La respuesta no es concluyente. Si bien es cierto que en sus elementos más visibles y superficiales —restaurantes, «botánicas», emisoras de radio— la ciudad conserva una fuerte identidad cubana, en cuanto a la composición demográfica la pierde a diario. Los hijos y nietos de inmigrantes están integrados a la cultura norteamericana, los llegados después del Mariel tienen una mayor disposición a integrarse al país de adopción y la inmigración continúa limitada. En este sentido, la política del gobierno del presidente George W. Bush ha sido una fiel continuación del legado de Bill Clinton: la pérdida parcial del privilegio migratorio que por muchos años benefició a todo aquel que abandonaba la Isla y se lanzaba al mar. Una ley de «pies secos, pies mojados» que perjudica a los infelices y sólo beneficia a los privilegiados que cuentan con mayores recursos para escapar al cerco de los guardacostas estadounidenses.

No fue sólo que desde su llegada muchos cubanos no pensaron en integrarse a la nacionalidad norteamericana. Es que tampoco la idea de integración fue formulada pensando en ellos. Cuando a principios del siglo pasado el escritor inglés y líder sionista Israel Zangwill escribió la única de sus obras de teatro cuyo tema es recordado, *The Melting Pot*, sus intenciones no cruzaban el estrecho de la Florida. Para Zangwill, los Estados Unidos eran el crisol donde los inmigrantes de todas las naciones venían a fundirse. Pero si hubiera imaginado que varias décadas después casi un millón de cubanos se iban a establecer en este país, habría cargado con su caldero para otra parte: las naciones y razas que se mencionan en *The Melting Pot* proceden de Europa: asiáticos, negros, caribeños y latinoamericanos quedan fuera de la definición, como los mexicanos en el recuento de los 21 asesinatos de Billy The Kid.

Por un tiempo las circunstancias fueron una mezcla de realidad y espejismo. Más que una unión existió una relación simbiótica entre Washington y el exilio, donde cada parte obtuvo beneficios en la era de la guerra fría. Por décadas los gobiernos norteamericanos le hicieron creer a los exiliados que eran únicos. En parte lo fueron y también en parte lo son. Pero desde hace años, se han multiplicado las campañas para demostrarles que han dejado de serlo. La política nacional es el único cordón umbilical en pie. Los cubanos no pueden elegir libremente un presidente en la Isla. Pueden en cambio aspirar a inclinar el resultado de la votación que decide quién ocupará el cargo más poderoso del planeta. Una importancia grande, cuando la contienda electoral es muy reñida, como todo aparenta ocurrirá este año. Pero no necesariamente decisiva. No hay que olvidar que el presidente

Bush perdió la votación en el Condado de Miami-Dade en las elecciones del 2000. Mito y realidad, el voto cubano es otro elemento más del carácter ambiguo del poder del exilio.

Nunca Miami ha resultado un fenómeno fácil de asimilar por el resto del país. Primero fueron las luchas intestinas de los grupos de exiliados, los ajustes de cuentas y los atentados dinamiteros. Luego la convulsión creada por las diferentes avalanchas de refugiados. A los intentos de considerarla una ciudad tropical, una especie de avanzada de la civilización donde existen oportunidades de hacer negocios y disfrutar de unas vacaciones placenteras, se han opuesto siempre aspectos más sombríos: corrupción política, años de elevadas tasas de criminalidad y una intransigencia en cuestiones que van de lo banal a lo esencial, pero que siempre resulta incomprendible para los otros.

La realidad es que al tiempo que el exiliado demuestra una enorme capacidad para desenvolverse y triunfar en el trabajo cotidiano, su vida, su memoria y su futuro giran sobre un círculo de esperanzas nunca realizadas: vive guiado por la ilusión de un futuro improbable y de un pasado espurio. Así nació el estereotipo bajo el cual se le percibe: un ser que se niega a ser catalogado como inmigrante y reclama siempre el título de exiliado, pero acosado por las contradicciones y las disyuntivas entre ambos modelos de conducta, aunque ello a veces parece no preocuparle. Por eso actúa como si tuviera múltiples personalidades. La publicidad y la propaganda se mezclan indisolubles mientras su vida transcurre en la única ciudad donde su desarraigo se hace más llevadero: no pertenece a Estados Unidos ni a la Cuba donde gobierna Castro. Para él, la patria es sólo una realidad emocional, producto de la fantasía y la nostalgia. Por ello el cubano dentro y fuera de la Isla siempre se ha jugado su última carta a Miami, donde cree poder conservar su identidad.

Esos rasgos del cubano exiliado en Miami conforman la visión —en ocasiones simplificada en favor del ridículo— adoptada por otras nacionalidades y grupos étnicos a la hora de clasificarnos y juzgarnos. Lo injusto de esta representación estereotipada corresponde a la visión del otro. Pero el exiliado también ha aportado lo suyo al error. Se considera único y subestima su circunstancia al valorarse a sí mismo. Hay una representación atrasada con respecto al exiliado promedio que hoy vive en Miami. Atrasada pero vigente. Un encasillamiento que la prensa internacional se niega a abandonar, pero que contribuye a mantener con vida el poder que todavía ejerce el sector tradicional del exilio en los órganos legislativos norteamericanos. El poder económico y político de los refugiados llegados en los años 60 hace que las referencias en las informaciones se concentren en este grupo.

La renuencia al *melting pot* llenó de orgullo a un par de generaciones de exiliados, que soslayaron la transformación de la sociedad norteamericana, donde la integración ha cedido ante el multiculturalismo. Exigir que se respete su singularidad y no aceptar las diferencias ajenas. Con una capacidad empresarial notable, el refugiado de la década de los años 60 ha destacado

este mérito por encima del reconocimiento de que contó con un apoyo excepcional de los organismos gubernamentales —préstamos para iniciar negocios, reconocimiento de títulos universitarios y becas de estudio, entre otros—. Fueron favorecidos en este país como nunca antes —y nunca después— se ayudó a otros refugiados ni a minoría alguna.

Esta excepcionalidad, junto a la miopía ante las circunstancias, en parte condiciona varias explicaciones erróneas sobre el comportamiento de los exiliados. Una de ellas es su preferencia partidista. En la actualidad, la mayoría de los cubanoamericanos que son votantes registrados pertenece al Partido Republicano y no al Demócrata, que tradicionalmente ha sido el preferido por las minorías negra y latina. Se justifica el hecho argumentando que las preferencias políticas de los exiliados están basadas en criterios de política internacional y no con relación a temas locales. Dos mandatarios demócratas cargan con la responsabilidad del alejamiento de la comunidad exiliada de las filas demócratas. Primero, al sentirse ésta traicionada por la actuación del expresidente John F. Kennedy en la invasión de Bahía de Cochinos, y luego durante la Crisis de Octubre. Posteriormente, por la política del expresidente Jimmy Carter, que autorizó el «diálogo», los viajes de la comunidad y abrió la Oficina de Intereses de Washington en La Habana.

También dos valoraciones opuestas catalogan esta actitud. Una positiva: el anteponer la causa de la libertad de Cuba a cualquier otra consideración. La negativa y contraria: el dejarse seducir por políticos demagogos. En una, los cubanos son clasificados de fanáticos; en la otra, de tontos. La realidad es mucho más compleja. Numerosos políticos cubanos continuaron siendo demócratas, incluso tras la llegada de Ronald Reagan al poder. Lincoln Díaz Balart —la voz más altisonante del republicanismo cubano— fue demócrata hasta 1985. En 1984 había actuado de copresidente de la organización «Demócratas a favor de Reagan», un hecho que lo enemistó con otros miembros del que entonces era su partido y en donde nunca llegó a triunfar en las elecciones primarias. El cambio mayoritario de demócratas a republicanos en muchos electores cubanos obedeció a diversas circunstancias: la creación de la Fundación Nacional Cubano Americana, la actuación del actual gobernador de la Florida Jeb Bush en favor de ciertos miembros de la comunidad convictos de actos terroristas, la habilidad del Partido Republicano para aprovechar la frustración del exilio ante el fracaso de la lucha armada y la conversión del embargo norteamericano hacia la Isla en la última tabla de salvación para los opositores a Castro. Los exiliados no son republicanos ni demócratas por vocación, sino que al igual que ocurre con el resto de la población de este país, se dejan guiar por sus líderes. La conveniencia política —quizá sería más adecuado decir una política de conveniencias— ha jugado un papel de igual importancia que la percepción del republicanismo como la filosofía política más adecuada a sus ideales de lucha frente al castrismo. Así se explica una tendencia de las dos últimas décadas: una mayor tolerancia hacia los mandatarios republicanos en lo que concierne a la política norteamericana respecto a la Isla.

Es bueno aclarar que no se trata de una tendencia absoluta. Clinton logró el voto cubano —por encima de Bush padre— cuando se anticipó en su apoyo a la Ley Torricelli. Pero, en especial, en la radio cubana el argumento republicano siempre ha sido el favorecido. La conclusión es que la inmadurez política, la manipulación y la demagogia —recursos empleados por ambos partidos— han sido los factores determinantes a la hora de atraer a los votantes, más allá de la causa de la libertad de la Isla. La política del exilio en contra de Castro mira hacia la Isla, pero de cara a Washington y Miami. Es lo que no han podido cambiar las nuevas oleadas migratorias, porque carecen de poder en la ciudad.

Otro mito —de orden diferente— es la autonomía empresarial del exilio. Algunos cubanos llegados a este país al principio de la diáspora, lograron destacarse en el mundo de los negocios pese a la barrera del idioma, al crear y desarrollar una serie de servicios a su propia comunidad de origen, que les brindaba una clientela segura y selecta. Así nació la leyenda que considera a Miami como el único lugar de los Estados Unidos donde un empresario puede convertirse en millonario conociendo sólo dos palabras en inglés: *Yes* y *No*. A diferencia de otros grupos de inmigrantes, que se afanan en aprender el idioma del país de adopción para salir adelante —o se ven limitados a realizar sólo trabajos manuales mal remunerados—, los cubanos en Miami han logrado crear una infraestructura económica en la que la gestión empresarial y los negocios se desarrollan sólo en español. Pero el negocio étnico se ha reducido notablemente a partir del momento en que las grandes empresas norteamericanas se percataron del potencial de consumidores que hablan español. Los alimentos que comen los cubanos, las funerarias que los entierran y las emisoras de radio que escuchan —por citar ejemplos notables— pertenecen a empresas que realizan su gestión de forma similar a las del resto del país, donde se requiere ejecutivos bilingües. Saber inglés es necesario para triunfar en los negocios, tanto en Miami como en el resto del país. El desconocimiento del inglés se ha convertido en una trampa que limita al nuevo inmigrante: no lo necesita para sobrevivir, pero le impide abandonar el gueto. Hasta hace una década, el dominio del inglés era una vía para librarse de la influencia del exilio tradicional. Esta situación ha cambiado con el arribo de numerosos inmigrantes procedentes de Latinoamérica. El español tiene en estos momentos una permanencia asegurada, por encima de la comunidad cubana. Este cambio ha ampliado las posibilidades de desarrollo de una literatura en español en Miami que no se limite a los temas tradicionales del exilio.

Hay también la afirmación generalizada de que los exiliados tienen sus criterios propios sobre la libertad de expresión y los derechos ciudadanos, y en algunos casos no se rigen por las normas democráticas que caracterizan a la nación norteamericana. La conclusión es que un cantante que actúa en la Cuba de Castro tiene cerrada la puerta en Miami. La intransigencia política caracteriza a buena parte del exilio cubano. Sólo que esta intransigencia es temporal y selectiva. Artistas como Julio Iglesias la sufrieron en determinado

momento, y hoy nadie lo recuerda. Se rechaza la actuación de un cantante de la Isla, pero se venden sus discos en las tiendas. Hay momentos en que disminuye la llamada «tolerancia» o aumenta la «intolerancia». En la actualidad, Miami vive uno de esos momentos —en parte por la última ola represiva del régimen de La Habana y en parte también por la retórica del gobierno de Bush— en que la intolerancia está en alza. Todo depende de quién presente a quién y en qué momento. No se trata de un valor absoluto entre los miembros de la comunidad. Pero los llegados a partir de 1980 —considerados por regla general mucho más tolerantes en lo que respecta al arte y la cultura— han logrado triunfos parciales en cambiar esta norma. El exilio tradicional mantiene su dominio sobre los medios masivos. Miami no es el mismo de los años 60 y 70, pero tampoco es completamente diferente.

Además del propio Castro, nadie conoce mejor la caracterización abusiva de estos factores epidérmicos enunciados con anterioridad que los políticos norteamericanos, quienes confían en que la beligerancia cubana es pura boconería vocinglera y se limitan a poner en práctica unas pocas medidas temporales. Lo hizo Clinton y lo viene repitiendo Bush. Miami aún es presa de la ambigüedad. No ha alcanzado una definición. Es posible que esa ambigüedad sea su única definición, que se mantenga como punto de encuentro y vidriera cambiante. Feria de ilusiones y sueños. Nada más propicio para una comunidad exiliada. La transformación inevitable que han producido los inmigrantes llegados a partir de los años 80 ya se refleja en las esferas de la producción, los servicios y la cultura, pero todavía no alcanza a dominar el campo ideológico y mucho menos electoral. Por otra parte, no hay que confiar en que la ciudad alcanzará su destino con el fin del exilio. Más bien está ocurriendo todo lo contrario: continúa siendo la «capital del exilio cubano», pero ya es más que eso. Siempre lo ha sido, sólo que ahora resulta más evidente. La retórica política cuenta cada vez menos a la hora de definirla. Los últimos artículos aparecidos en *The New York Times* hablan del crecimiento urbano, los hoteles y restaurantes, y sólo mencionan a los cubanos si el periodista se detiene a comer en el Versailles. El voto cubanoamericano podrá preocupar a los estrategas de las campañas políticas, pero para el resto del país la ciudad ha vuelto a ser un lugar agradable donde huir del invierno y perseguir una conquista, lo único que esta conquista se limita en muchos casos a bajar un pantalón o quitar un vestido y no a un ideal libertario. Una vuelta al futuro en forma de pasado, una ciudad sin centro que resulta ideal para encontrarse y perderse.